

Entre la vergüenza y la desvergüenza, el uso singular.¹

1)

“Lo que la ley no prohíbe, puede prohibirlo el pudor”

Séneca

Antonio Ricci, su mujer María y su hijo Bruno, viven en un humilde suburbio de la Roma de posguerra. Antonio se encuentra en espera de alguna oferta de empleo para aliviar su precaria situación económica. Un buen día, consigue un trabajo que los sacará de la miseria en la que viven. Este consiste en pegar carteles en la calle. Para acceder al puesto, necesitará contar con un único requisito: la posesión una bicicleta. Tras empeñar las sábanas de su casa, logra adquirir una. Pero en su primer día de trabajo, un delincuente se la roba provocándole la inmediata pérdida del empleo. Desesperado, Antonio iniciará la búsqueda del ladrón junto a su hijo con la intención de recuperar la bicicleta, y el trabajo.

El tiempo pasa y el ladrón no aparece. En un raptó súbito de desesperación, Antonio roba una bicicleta. Pero alguien lo ve, y rápidamente una multitud lo rodea. En ese momento aparece su pequeño hijo Bruno, mientras los ciudadanos humillan a Antonio gritándole: “¡Has robado una bicicleta delante de tu propio hijo!” “¡Debería darte vergüenza!”. Bruno mira a su padre, quien ya no puede mirarlo.

Un mes después de haber ingresado como concurrente al *Centro de Salud Mental N°3 Dr. Arturo Ameghino* tuve la suerte de volver a ver esta película de Vittorio De Sica¹. Inmediatamente, *Ladrón de bicicletas* se me hizo antítesis de lo que estaba sucediendo en el hospital.

¹

Trabajo presentado en las primeras Jornadas de concurrentes del Hospital Moyano. Año 2010

Como dice Spinoza, la razón es inútil ante las pasiones, y el ímpetu de los profesionales que desde hacía años defendían un modelo institucional democrático que ellos mismos habían conseguido en la década del ochenta, a muchos de los recién llegados se nos hizo propio. Fue así que me incorporé a la *Comisión directiva de la Asociación de profesionales* del hospital junto con dos concurrentes más, palpitando cómo la tensión iba en aumento ante la inminente llegada de aquellos que, traicionando a sus propios compañeros, venían a ocupar la dirección del hospital.

Y ese día llegó. El 17/9/2009, junto con las cámaras de algunos canales de televisión, se produjo un acto de resistencia por parte de los profesionales que, sentados en el piso intentaron impedir el paso de quienes pretendían ingresar a destituir al director del hospital elegido democráticamente años atrás.

“Ya no hay vergüenza”ⁱⁱ decía Lacan en su última clase de *El Reverso del Psicoanálisis*.

Camino a casa, Antonio Ricci no puede soltar ni una sola palabra. La multitud lo ha dejado ir, no por él, sino por su hijo. Luego de ese acto delictivo, y hasta los créditos finales de la película, Antonio no hablará. Sin llegar, como François Vatel el mayordomo del príncipe de Condé al que hace referencia Lacan, a matarse por vergüenza, a Antonio se le cerrará la boca y ya no podrá mirar a su hijo nunca más.

En *Nota sobre la vergüenza*, Jaques-Alain Miller se pregunta ¿Qué sucede con el psicoanálisis cuando no hay más vergüenza, cuando la civilización tiende a hacer desaparecer la vergüenza?ⁱⁱⁱ

Cuando alguien decide apropiarse ilegítimamente de un lugar de poder pasando por sobre quienes fueron sus compañeros por más de veinte años y no se avergüenza de aquello, nos encontramos ante un vacío de representación. Cuando un sujeto deja de ser representado por un significante que valga, los gritos de repudio, las pancartas descalificadoras, las movilizaciones en contra de los desvergonzados, no tienen razón de ser, no producen efectos. Intentar hacer consistir un significante amo allí donde falta es una tarea extremadamente difícil. El embarazo del que Lacan habla en *El Seminario 10* indica la experiencia misma de la barra del sujeto, el instante “cuando uno ya no sabe cómo hacer con uno mismo”^{iv}. Esto es claro en el mayordomo Vatel, quien se quita la vida por vergüenza, por no estar a la altura de su función de mayordomo y es claro también en Antonio Ricci, ya que hay ahí una presencia excesiva del Ideal que le produce vergüenza por el robo que realiza frente a la mirada atónita de su hijo. Que alguien sienta vergüenza, indica que se interesa por su singularidad, una singularidad que no se debe a otra cosa que no sea ese S1, al significante que le es propio.

Pero ¿Cómo conmovemos a aquellos que no se embarazan al pasar por encima de sus compañeros? En un establecimiento que se dedica al psicoanálisis esta pregunta resulta crucial, ya que no se trata sólo de una cuestión institucional, sino también clínica: la práctica analítica se fundamenta en separar en la operación analítica al sujeto de su significante-amo. Pero esto supone que el sujeto en cuestión sepa que tiene uno, y que lo respeta. Como afirma Miller, “Para hacérselo escupir al sujeto, hace falta que él haya sido marcado con eso primero.”^v

2)

*¿Cómo? ¿Un gran hombre? Yo veo siempre tan sólo al
comediante de su propio ideal*

Friederich Nietzsche

Es tranquilizador para quien recién ingresa a una institución tan fuertemente unida en su política exterior, adherir sin cuestionar a la posición dominante que cohesiona y así

conquistar un lugar de pertenencia. En la primera época de su enseñanza, Lacan relaciona al Otro y al Ideal a partir de la identificación simbólica, mediante la cual se produce una extracción significativa del Otro. Esta última irá al lugar del Ideal del yo que nos indica el estatuto del Otro como consistente y nos permite pensar la relación entre el sujeto y el Otro vía la identificación significativa, situando al Ideal como aquel que guía al sujeto en su ingreso al discurso y al lazo social. Pero el Ideal, como señala Javier Aramburu, “es una trampa porque lo que mantiene es un vacío de deseo”^{vi}.

Lo ocurrido en el hospital Ameghino permite pensar varias cuestiones. Por un lado, la facilidad con la cual quienes recién ingresan como concurrentes se identifican a un Ideal que los guía en la entrada al nuevo espacio hospitalario. La potencia del Ideal, como mencionamos, es innegable para ubicar la relación entre el sujeto y el Otro, vía la identificación. Pero en este punto vale preguntarse sobre el estatuto de ese Ideal que nos hace Uno y sobre aquello que queda relegado en la consistencia del Uno. La identidad común, la lucha colectiva, el fenómeno de masa, como toda totalidad, vela un resto, deja relegada la subjetividad. Así lo explica Lacan en *El Seminario Aun*, al decir que “lo que hace que la imagen se mantenga es un resto”^{vii}. Siguiendo con esta línea, en *El sinthome*, dice Lacan que “a causa de la forma, el individuo se presenta como una bolsa”^{viii}. Es decir, una totalidad sin orificios que da cuenta de la lógica del conjunto cerrado de Cantor. Hacia 1963, Lacan se refiere al nombre del padre en plural, dejando entrever que el padre como función puede ser sostenido por diferentes enunciados, siendo el padre, en consecuencia, nada más que un semblante.^{ix} De esta manera se podría prescindir del Nombre del Padre a condición de valerse de él; servirse como de una herramienta. Pensándolo en términos del Ideal y su carácter de semblante, habría entonces que lograr ir más allá de éste a condición de servirse de él como función. Es decir, hacer uso del Ideal, cualquiera sea, sin someterse a él como si se tratara de un designio del destino. Sin

embargo, no se trata de prescindir del Ideal, ya que si así fuera nos encontraríamos frente al cinismo más radical propio del ateniense Antístenes, fundador de la escuela cínica, quien predicándola con su ejemplo, vivió según su propia ley, rehusando las leyes establecidas.

Por lo tanto, una vez restablecido el orden, y haber triunfado la política exterior, cohesionándose la identidad común, cabe preguntarse qué lugar para el concurrente. Si lo que impulsa a un joven profesional a realizar una concurrencia hospitalaria es tan sólo el haber sido seducido por un Ideal determinado (ya sea aquel que dice: hay que formarse, o hay que defender la salud pública, o hay que atender pacientes cueste lo que cueste) (Lacan decía, "*Il fault clinica*") cabría preguntarse si, como dice Nietzsche, no se trataría tan sólo de un comediante de su "propio" Ideal. Es decir, caer en la trampa de haber sostenido durante media década, lo que dura una concurrencia, un Ideal sin al menos cuestionar su posición frente al mismo. Por el contrario, tal vez se trate de tomarlo y hacer algún uso de él. Cada cual podrá encontrar así su modo de adueñarse y hacer propia esa institución que transita. De esta forma, cada quien podrá incluir allí su propia subjetividad, ya que si esta está velada, se anula la posibilidad de un uso singular de la experiencia de la concurrencia. Pero difícil será que surja algo nuevo de los concurrentes si estos no han sido tocados antes por un significante amo que los haga Uno con la institución hospitalaria. Ese significante que avergüenza y hace posible la representación, alejándose del cinismo anómico. Y luego sí, dependerá de cada quien poder hacer algún uso singular sin sucumbir a ser un creyente fundamentalista del Ideal.

Santiago Peidro

Concurrente de 2do año del equipo de adultos turno mañana del Centro de Salud mental N°3 "Dr. Arturo Ameghino"

-
- i De Sica, V., *Ladrón de bicicletas*, Italia, 1948
- ii Lacan, J., *El Seminario 17*, Paidós, Buenos Aires 1992, p. 197
- iii Miler, J-A., “Nota sobre la vergüenza”, en *Revista freudiana 39*, revista de la Comunidad de Catalunya de la ELP, Paidós, Barcelona, 2004.
- iv Lacan, J., *El Seminario 10*, Paidós, Buenos Aires, 2007, p. 19
- v Op.cit.
- vi Aramburu, J., “Los nombres del padre y el deseo del analista”; en *Virtualia 11 y 12*, revista digital de la EOL, 2004.
- vii Lacan, J., *El Seminario 20*, Paidós, Buenos Aires, 1981, p. 14
- viii Lacan, J., *El Seminario 23*, Paidós, Buenos Aires, 2008, p. 18
- ix Lacan, J., *Los no incautos yerran (los nombres del padre)*, inédito.